

La información deformante

Ponencia del Profesor de Filosofía
de la Universidad de Lieja MARCEL DE CORTE en el
CONGRESO DE LAUSANNE de 1965

LA INFORMACION DEFORMANTE

No creo exagerar diciendo que "la información", limitada antes por Lattre en sentido técnico a la simple adquisición de datos, tiende a significar cada vez más el conocimiento de los sucesos que ocurren en determinado campo de la actividad humana, desde el mero acontecimiento cotidiano a la religión, la ciencia, el arte, la política, etc. Este sentido nuevo de la palabra corresponde a la observación de Paul Valéry respecto a ese hecho completamente inusitado que en la civilización contemporánea ocupa el lugar reservado hasta ahora a la tradición.

El término información no es siempre sinónimo de noticia o actualidad. La noticia no tiene el carácter de conocimiento exacto que lleva consigo la información a los ojos del hombre de hoy. Además, la palabra lleva sutilmente añadido un segundo sentido. La información propende a cubrir toda la extensión de cualquier rama del saber y aun de todo conocimiento científico. Cualidad esencial del sabio es actualmente estar informado. Es necesario saber cuanto ocurre en el dominio de cada ciencia. Los sabios tienen a su disposición revistas especializadas de información exhaustiva en las que hallan resumidas todas las publicaciones relativas a cada aspecto del conocimiento humano. Mientras que para Lattre información era sinónimo de simple referencia, información y saber se identifican cada vez más en la lengua del siglo xx.

Un hombre informado es un hombre que sabe. Cambiar informaciones es un acto científico que se realiza en el transcurso de congresos, debates, reuniones científicas. Las ciencias tienden a ser una trama de informaciones relativas a un objeto determinado, cuya amplitud no cesa de crecer. El sabio tiene que "estar al corriente" de la investigación y de la producción científica propias de su especialidad. Así, la información, de acuerdo con el sentido moderno de la ciencia, está en camino de convertirse en el conocimiento de lo nuevo, y por otra, a causa del empleo incorrecto del término, en el conocimiento de lo real, la verdad, el conocimiento exacto.

El diccionario de Robert, recientemente aparecido, señala además que son neologismos ciertos sentidos del término información, tales como "conjunto de referencias obtenidas por alguna

persona", "acontecimientos comunicados a una persona, un público, etc.", "conjunto de informes" y, por extensión, "acto de informar al público, a la opinión pública", así como "el resultado de los cálculos científicos obtenidos mediante máquinas cibernéticas". Se entrevé, pues, otra vez la síntesis de los dos sentidos mencionados.

Estos nuevos sentidos y el lugar preponderante que ocupan en el lenguaje contemporáneo nos incitan a inquirir la causa de donde proceden.

Me encuentro muy inclinado a pensar, por mi parte, que la información en el sentido moderno de la palabra encuentra su origen en la evolución, o más exactamente, en la mutación del medio social donde vive el hombre contemporáneo y en la progresiva socialización que quita al individuo su ser real y personal otorgándole, en cambio, otro, social y ficticio, en que se evapora toda la auténtica substancia humana.

Como lo presintió el genio de Agustín Cochin, la SOCIOLOGIA DEL FENOMENO DEMOCRATICO explica totalmente el fenómeno de la información y, como veremos más adelante, la acción deformadora que esa información ejerce.

Es necesario, ante todo, precisar algo. La democracia que hoy conocemos no tiene nada de común con las democracias de antaño, con la democracia ateniense, por ejemplo, o con las democracias comunales de la Edad Media, ni con la democracia legítima que Pío XII ha descrito después de los grandes filósofos y publicistas del pasado, ni con la democracia suiza de hoy. La diferencia que las separa es mucho más grande que la diferencia supuesta por la mayor extensión geográfica y demográfica de las democracias modernas.

En efecto, es evidente que el ciudadano no se comporta en ambos casos —en la democracia antigua y en la moderna— de la misma manera. En una democracia humanista, el hombre conoce directamente, por experiencia, los datos de los problemas que debe resolver, y si no los conoce, por lo menos conoce al hombre o a los hombres peritos y en ellos deposita su confianza. No ocurre lo mismo en las vastas democracias modernas, sean éstas burguesas o comunistas, "formales" o "reales". Las preguntas que se hacen son tan complejas, que el ciudadano no puede conocerlas mediante la única fuente auténtica de conocimiento que posee: la experiencia. Los seres y las cosas que dependen de su decisión son para él meras representaciones mentales y abstractas, no presencias reales y concretas. Puede forjarse una "idea", una opinión; puede imaginarlas; pero no puede nunca conocer efectivamente el ob-

jeto de esas ideas o de esa opinión. De donde resulta que el ciudadano de la democracia moderna advierte que se le rehusa el derecho a resolver problemas que conoce, si bien se le concede el derecho a desenmarañar problemas cuyos datos no conoce.

La diferencia entre el régimen democrático antiguo y el régimen democrático de los amplios Estados actuales es la misma que separa lo real de lo irreal. La democracia antigua existía y funcionaba como verdadera democracia. Se podían comparar sus ventajas e inconvenientes con los de otros regímenes políticos. La democracia moderna, en cambio, no existe. Existe sólo el decorado teatral democrático, detrás del cual actúan minorías dirigentes que han conquistado el gobierno vacante y ocupan los puestos de mando, sea directamente, sea por medio de testaferrros. Así, esas minorías que conducen el Estado democrático actúan fingiendo que la democracia existe. Y tienen que hacerlo de ese modo. No pueden gobernar más que engañando o convenciendo a los ciudadanos de que éstos tienen el poder, cuando en realidad la facultad de decidir sólo es propia de una minoría. Nunca se ha visto el ciudadano más desprovisto de poder real que en los modernos regímenes democráticos. Y, sin embargo, todo sucede como si él fuera rey.

La sociología de este sistema, en que se combinan el poder real de una minoría y el poder irreal de una mayoría, explica el fenómeno de la información y su acción deformadora.

En efecto, el régimen democrático moderno, nacido de la revolución francesa, supone la ruina, el despojo legal o al menos la esterilización política de todas las sociedades naturales o seminaturales en que el hombre se puede insertar por nacimiento o vocación: familia, comunidad profesional, comunidades locales y regionales, patria pequeña o grande. Las sociedades menores pueden todavía subsistir, pero en forma precaria, sin intervenir eficazmente en el Estado democrático. La democracia moderna es el régimen donde el Estado reina sin ser resultado de ninguna fuerza social natural. Está constituida por el Estado y una "disociedad", por un Estado y una colectividad compuesta únicamente por individuos iguales y sustituibles. Para que haya democracia moderna es necesario, en primer lugar, que la sociedad orgánica, en que los hombres viven unos para otros en la misma comunidad de destino, desaparezca en beneficio de una sociedad mecánica, desintegrada, donde los individuos liberados de la familia, la ciudad, la parroquia, la empresa, la región, etc., desarraigados de las estructuras sociales, vivas, existen unos junto a otros en una colectividad de masas indefinidamente extensible. La democracia es inseparable

de la "sociedad" individualista y de su complemento: la "sociedad" de masas.

En la "sociedad" de masas —al contrario de cuanto sucede en las sociedades orgánicas, donde los miembros viven unos para otros y comparten una experiencia inmediata de personas y cosas que constituye una sólida base para sus mutuas comunicaciones—, el individuo aislado, desarraigado psíquica y físicamente, ve reducida su experiencia al corto radio de sus propias sensaciones. Es clara, por lo demás, la razón por la cual la sensibilidad del hombre hundido en la sociedad de masa es tan débil que necesita constantemente amplificadores y excitantes. Los miembros de grupos pequeños advierten con facilidad cuanto sucede en su comunidad. Pueden experimentarlo por sí mismos o confiarse a otros miembros, de modo que todo lo que uno sepa lo comunique inmediatamente a los demás. En este tipo de sociedad es imposible hablar de un órgano de información propiamente dicho. Suple ventajosamente a la información la experiencia, o mejor dicho, el hombre de experiencia, en quien los demás confían, puesto que aprehende directamente la realidad en las situaciones nuevas, expresa con mayor perfección la naturaleza de tales situaciones, encontrando todos en su experiencia y sus consejos cuanto ellos mismos no saben ni aprovechan completamente.

En la sociedad de masas, por el contrario, el individuo está totalmente desamparado sin la información, hallándose ante los acontecimientos como el ciego frente a los colores. No teniendo experiencia a causa de su propia debilidad y de la extensión de la colectividad en la que sólo es un grano de arena, no puede adquirir conocimientos más que por medio de la información, es decir, por medio de informadores que, en lugar del propio individuo, registran, recolectan, clasifican, expresan y difunden los hechos. Sin esta labor la sociedad de masas sería inferior a las sociedades de insectos, cuyos miembros disponen de poderosos instintos y son capeces de reaccionar inmediatamente. La información es en la sociedad de masas lo mismo que el reflejo automático es en la sociedad animal de masas, y el parecido es tan grande, que la primera también necesita un mecanismo central mediador de información. Esta es, asimismo, la prótesis artificial que suple la experiencia desaparecida, desvanecida junto con los pequeños grupos en que dicha experiencia se funda. Tiene razón Sauvy al sostener que la información es fundamental en la democracia: es el único lazo que puede reunir a los individuos de una "sociedad" de masas, articularlos, advertirles qué acontecimientos les afectan

o inculcarles los conocimientos útiles para la conducta deseada por los gobernantes.

La información es indispensable para los regímenes democráticos contemporáneos. Ella permite la supervivencia del sistema, o más bien, le infunde una apariencia de vida, deformando al mismo tiempo a los individuos hundidos en la sociedad de masas que la democracia ha hecho brotar de las ruinas de la antigua sociedad, compuesta de innumerables grupos pequeños.

En efecto, la información satisface una necesidad tan fuerte que el hombre contemporáneo no podría prescindir de ella, de tener "noticias"... Aunque disuelto en la masa, el ciudadano de las modernas democracias sigue sintiendo la necesidad, propia de todo animal social, de relacionarse con sus semejantes. Y aunque ínfima y casi impotente, esta necesidad corroe de tal modo al ciudadano de nuestras democracias que, paradójicamente, es tanto más imperiosa cuanto más difícil resulta satisfacerla. Según Aristóteles, el hombre es una bestia o un dios. Como el hombre común sabe confusamente que no es ni lo uno ni lo otro y adivina que su destino depende estrechamente de la colectividad en que vive y de la que ignora casi todo, aspira a conocer cuanto en ella pasa. Busca en la información un refugio contra la soledad a que le condenan su individualismo y la sociedad de masas. Esa información es tanto más deseada en cuanto saca de ella un provecho positivo o negativo. Separado del pasado y de las tradiciones que conservan las sociedades naturales y seminaturales, nuestro *homo democraticus* debe apreciar desmesuradamente la actualidad y las promesas o amenazas de un porvenir social mejor, de un "hombre nuevo", de una "sociedad nueva". Nada importa que su conducta fluctúe entre el individualismo y el colectivismo. Sin la información se siente expuesto a las peores eventualidades.

Esta necesidad social insatisfecha y, en el fondo, insaciable, ha creado el órgano de la información, y también lo ha desarrollado patológicamente. Ciertamente, los medios masivos de comunicación (*mass media of communications*) no han nacido por arte de magia: tienen su historia, pero su perfeccionamiento y su expansión universal acompañan por todas partes a la difusión, universal también, de la sociedad de masas.

En materia social, la necesidad engendra al órgano. Y este principio —falso desde el punto de vista de la Biología, que lo toma prestado a la Sociología— es una de las leyes fundamentales de las sociedades humanas. El hombre es un animal social, hasta el punto de que inventa los mecanismos más complicados, más lle-

nos de añagazas, para conservar artificialmente la vida de comunidades sin las cuales moriría o caería en el peor anarquismo. De este modo ha sido creado un círculo vicioso —en el peor sentido de la palabra— entre las técnicas de información y la sociedad de masas. Cuanto más multiplica ésta sus metástasis —permítasenos la palabra—, más indispensables son las técnicas informativas; pero cuanto más se extienden estas últimas, más pierden los hombres su facultad personal, inalienable, de experimentar vitalmente la presencia concreta de personas y cosas, y deben confiar más la dirección de la conducta individual y colectiva a intermediarios que no pueden transmitir a sus informados más que una representación de la realidad.

La sociedad de masas aumenta, por consiguiente, su poder sobre los ciudadanos. Llevadas las cosas hasta el límite, puede sostenerse que la actual sociedad se encuentra insertada en un sistema informativo compuesto de estímulos y excitantes sonoros y visuales simbólicos que crean reflejos en quienes están sometidos a ellos. He aquí la función principal de la información en el hombre, similar a la del instinto animal.

Por otra parte, es imposible —y la experiencia demuestra esto innumerables veces— que los medios masivos de información sean técnicamente neutros. A veces oigo decir que los medios, como tales, no son buenos ni malos. Confieso que esta afirmación me sorprende. ¿Donde se encuentran medios puros? Medios que sólo fueran medios serían inertes, inutilizables, inutilizados, inexistentes, como el extraño artilugio llamado *vistemboir* en la admirable novela de Jacques Perret. Un medio nunca es considerado simplemente como medio, salvo idealmente. Un medio siempre se considera con relación a un fin. Los medios masivos de comunicación están destinados, como su nombre lo indica, a una sociedad de masas, fenómeno patológico procedente de la destrucción del espíritu. Es el espíritu humano el que, creando la democracia de los grandes números y los vastos espacios, ha optado deliberadamente por una política irreal, sin substancia, y puesto que el mal es ausencia de ser, por el mal y la muerte.

La finalidad de tales medios sólo puede ser maléfica. Disociar de la sociedad de masas, de la democracia moderna, la información proporcionada por dichos medios masivos es absurdo. Y carece de sentido porque tal separación tendría que ser llevada a la práctica, suponiendo, además, para ser efectiva y benéfica, la renuncia del hombre a la sociedad de masas y a la democracia. Mientras el hombre quiera conservar unas conservará tam-

bién los otros, con la secuela de alteraciones nocivas propias de tales medios.

El problema del buen uso de las técnicas de información es, pues, desde este punto de vista, insoluble. Confieren a quienes disponen de ellas y las maneja un poder al que es imposible renunciar si no se posee lo que Bergson llamaba "un suplemento de alma". Por otra parte, estas técnicas no agotan la fuente de noticias, ni respecto al informador, ni respecto al informado. Por otra parte, desconfío mucho del "suplemento de alma" que invocaba Bergson, y de la "mística" con que el filósofo francés quiso coronar la "mecánica": tal mística sólo puede ser una mixtificación.

Como ha observado magistralmente Jacques Ellul, la información es inseparable de la propaganda, y sería difícilísimo encontrar un ejemplo importante contrario a esta tesis. El periodista norteamericano Walter Lippman, que es un experto, se halla de acuerdo con Ellul, y el Congreso de Estados Unidos, que en 1949 investigó la situación de los servicios de información del gobierno de entonces, sentó que es imposible distinguir una de otra. Numerosas son las causas de la recíproca influencia de información y propaganda. Aquí las presentaremos sólo esquemáticamente.

En primer lugar, son psicológicas. Para que una información llegue al público es preciso que le interese. Los especialistas de la información admiten que el informador recurre a menudo a presentar "sensacionalmente" la noticia, lo cual desnaturaliza el hecho informado. Por esto, en el Congreso de Zürich de 1952, doscientos cuarenta y ocho directores y jefes de redacción de periódicos de cuarenta y un países diferentes, estimaron que los despachos de las agencias de prensa confieren valor excesivo a las noticias más llamativas (*spot news*), a la capacidad que tienen para soliviantar, a los detalles extraordinarios, a la presentación de los hechos de acuerdo con la seducción que puedan ejercer, no según el orden lógico o cronológico; a la preferencia de dirigirse sobre todo al sentimiento, más que a la inteligencia.

Es también raro que la información sea puesta en el lugar que le corresponde dentro de una sociedad determinada, la cual le devolvería su auténtico sentido. Separada de todo lo que la rodea, desde el punto de vista histórico y sociológico, sus elementos son reelaborados para que influyan sobre el lector o el oyente. Esta manipulación de la noticia es reforzada por la presentación: caracteres de letra, si se trata de un periódico; tono, en la radio; ángulo fotográfico o presentación insistente, en la televisión. La

información está sujeta en gran parte a las necesidades comerciales, a la publicidad, a la propaganda, de acuerdo con el poseedor de los medios de comunicación empleados. El valor objetivo es pospuesto.

Es todavía más grave que los informadores, sean particulares, sean funcionarios del Estado, estén obligados a adaptarse a la psicología del informado, hombre de la sociedad de masas, producto del régimen democrático. El informado es generalmente una persona de cultura deficiente, incapaz de controlar ni criticar las informaciones que recibe, puesto que las mismas conciernen a problemas tan complejos, que el ciudadano común no puede resolverlos. Asaltado por informaciones de las que no puede apreciar la importancia, el informado se encuentra totalmente a merced del informador.

Para éste resulta irresistible la tentación de imponer su propia visión de la actualidad y de encuadrarla en un sistema interpretativo que la vuelva coherente. Esto es, por otra parte, lo que espera y desea el hombre de la sociedad de masas. Desea que la información le comunique directrices de pensamiento y de acción: una ortodoxia y una ortopraxis. Las tendencias naturales y seminaturales del hombre de sociedad de masas son obstruidas. Incapaz de comprender y actuar por sí mismo, el ciudadano de nuestras democracias termina teniendo atrofiadas sus facultades intelectuales y volitivas. Por tanto, el informador sabe que tiene delante de sí a un ser débil, al que puede engañar fácilmente. ¿Cómo no sentir, entonces, el deseo de hacer lo mismo que hace el escultor con el mármol o la arcilla? El informador sentirá indefectiblemente la tentación de substituir el pensamiento y la voluntad del informado. Desde el momento en que ocupa un puesto más o menos importante en los medios de comunicación, deseará intensamente que cuantos son informados por él sean completamente insertados en la sociedad de masas: de ese modo crece indefinidamente el poder del informador.

La tentación es aún más irresistible porque el propio informador quiere ser deformado y se hace cómplice de su información deformadora. Acepta con toda su alma la explicación dada por la propaganda, los esquemas ideológicos de una doctrina sencilla y tosca, pero convincente; las órdenes que le evitan el reflexionar sobre situaciones que no puede abarcar y sobre el comportamiento que las mismas exigirían. Entre ser fiel a la verdad y ejercer el poder, optará, *ut in pluribus*, por situarse del lado de la masa, de modo que pueda manipularla y señorearla.

El ejemplo de los medios de comunicación poseídos por los ca-

tólicos es sintomático: sutil o cínicamente, siempre se sacrifica en ellos la verdad al poder. Hay cortísimas excepciones, es cierto, pero pagan muy caro el atrevimiento de no someterse servilmente a lo que quiere la autoridad.

Además, el individuo aislado en la sociedad de masas se siente más seguro cuando recibe del informador —que ocupa el lugar de la inteligencia, la voluntad y la conciencia— la promesa de resolver sin dificultad los problemas que el ciudadano aislado no puede afrontar por sí solo: se le invita a elegir las soluciones propuestas y a ponerlas en práctica. La teoría y la práctica resultan inseparables, como en el sistema marxista, para el cual información y propaganda son dos aspectos de un mismo proceso. Creemos que son muy pocas las informaciones que no induzcan palmaria o solapadamente a la acción.

Movido por la información deformadora, el informado es estimulado casi siempre para que consolide la sociedad de masas y la democracia, desarrolle la socialización, la relación puramente mecánica entre poder y súbditos.

Las razones que convierten la información en propaganda ideológica, que sirve de máscara a la voluntad de poder, son políticas.

Los acontecimientos que surgen aquí y allí, en el mundo entero, son recogidos por un pequeño número de agencias de prensa, de noticiarios cinematográficos, de estaciones de televisión que son organismos estatales, bien controlados por el Estado o que tienen interés en mantener buenas relaciones con el Estado. Lo mismo ocurre con las agencias nacionales cuya información no desborda las fronteras de un país determinado. La Historia contemporánea apenas da algún ejemplo de una agencia de prensa nacional que hubiera chocado abiertamente con el gobierno del país al que informa.

Tampoco hay un solo ejemplo de gobierno que, al informar al público, no presente esa información con el aspecto que más convenga a los planes de los gobernantes. La mentira de Paul Reynaud, de Churchill, del conde Pierlot, sobre la capitulación del ejército belga en 1940, presentada al público como una traición del rey Leopoldo III, es el ejemplo más impresionante de información deformadora: los ingleses tenían que encontrar una cabeza de turco y la encontraron, repitiendo entonces la misma propaganda embustera que durante la primera guerra mundial efectuaron, con tanto éxito, en descrédito del ejército alemán.

Suponiendo que las informaciones difundidas sean verdícas, el Estado no puede tolerar que sean puestas en duda por una propa-

ganda adversa. Por esto, respaldará su sistema de información con un sistema de contrapropaganda que deformará indefectiblemente todas las noticias. Un gobierno que sintiera repugnancia por asociar información y propaganda, tendría que vencer sus escrúpulos para sobrevivir, pues no se le ahorrarian los ataques más virulentos. Basta leer los periódicos de este siglo para convencerse de ello. Puede decirse que la guerra psicológica de informaciones deformadas y deformadoras no ha cesado desde el momento en que los Estados se percataron de la importancia vital que tiene para ellos, especialmente desde 1914. El Estado que sufre una agresión psicológica de otro Estado no puede responder a ella más que adoptando la misma táctica. Si persistiera proporcionando información pura y simple —y de ello ningún ejemplo existe—, está vencido de antemano.

La experiencia contemporánea de los regímenes democráticos de partidos múltiples o de las democracias populares, de partido único, demuestra superabundantemente que el individuo, ante la información escueta y la información deformada por un mito cualquiera, elige siempre la segunda. Lo imaginario triunfa siempre sobre lo real en la sociedad de masas contemporánea, engendrada por el régimen democrático.

Con lo cual, el fin es siempre el mismo: las condiciones sociológicas que permiten la llegada de las masas al poder obligan al Estado a deformar la información para manejar libremente una colectividad de individuos más o menos dóciles. En una sociedad democrática de masas, el gobierno que se limitara a informar a los ciudadanos sin engañarlos sería rápidamente derribado, especialmente en países como Rusia y las llamadas democracias populares de la Europa oriental.

Tocamos aquí —dicho sea de paso— el secreto de la vida política y social: ningún régimen se mantiene sin el asentimiento de los súbditos. Por tanto, como el gobierno de los regímenes democráticos y de las sociedades de masas no puede seguir la opinión irracional, inestable e irreal de individuos incompetentes en su mayoría, tiene que engañar a la opinión pública y tratar de convencerla de que la sigue, cuando en realidad la crea y la conduce. Y tiene que obrar así so pena de suicidarse y provocar una catástrofe. Son sintomáticas las palabras del socialista Paul Henri Spaak, refiriéndose a los electores socialistas: "Soy su jefe, luego los sigo". (Queda sobreentendido que se finge seguirlos, aunque se los conduzca disimuladamente). El modo de conseguirlo es la información dirigida e impregnada de propaganda. Como escribe Ellul: "El gobierno no puede aislarse de la masa,

pero puede tender entre la masa y él un telón impalpable en el que aquélla verá proyectarse una apariencia de política, mientras la política real se efectúa detrás del escenario”.

Todo el arte de gobernar se reduce, en fin de cuentas, a apoderarse del acontecimiento que permita al gobierno emplear en su favor la opinión pública. De este modo obtiene la aquiescencia que le es necesaria y sin la cual el régimen se hundiría. El precio pagado es la deformación permanente de la información, la mentira que cubre los hechos. Nada extraño hay en ello, por otra parte, puesto que la democracia y la sociedad de masas están fundadas en una contradicción permanente, puesto que en ellas la sociedad tiene sus elementos disociados y la democracia no persigue lo que es, la realidad, sino lo que no es, lo irreal.

Para el observador ajeno a las triquiñuelas del poder, este modo de gobernar parece difícil y exige una inventiva poco común. Sin embargo, no es así. Desde que el gobernante advierte que el hombre de la sociedad de masas, ayuno de experiencia, necesita información y que esa información debe colorearse de propaganda en favor de la democracia (formal o real, liberal o marxista) para adaptarse a la sociedad de masas, a la que se destina, resulta sencillo gobernar, sobre todo si se dispone del monopolio de los medios masivos de comunicación.

Basta que las masas proclamen lo que se ha decidido hacer. La fórmula: “El pueblo lo quiere”, repetida a diestra y siniestra por la minoría gobernante, tiene una especie de efecto mágico cuya importancia hay que saber apreciar debidamente. En ningún país del mundo admitirá el pueblo que no ejerce el poder. Hace falta ser muy inteligente para confesar la propia incompetencia. La afirmación de Sócrates: “Sólo sé que nada sé”, es muy poco democrática y suscitó la condena a muerte caída sobre el padre de la Filosofía occidental. Las masas están convencidas de que opinan correctamente sobre todos los aspectos sociales y políticos. Y efectivamente, tienen una opinión, aunque condicionada por la sociedad en que viven. Pero, como el objeto de esa opinión es imaginario, es necesario aterrizar alguna vez y declarar que la opinión pública quiere un objetivo real. De esta manera, la información prolongada mediante una hábil propaganda da al pueblo la ilusión de que gobierna. El gobierno presenta un hecho cualquiera tendenciosamente y consigue que “la voluntad de las masas” se desencadene y el gobierno “sea forzado a actuar”. Así se explican las monstruosas manifestaciones de Pekín en favor del Vietnam.

No creemos que ello sea efecto del miedo. Las elecciones cuyo

resultado dan al partido único un porcentaje de 99,95 por 100 de votos favorables son tan auténticas como las que se desarrollan en las democracias liberales. En ambos casos todo es decidido por el pueblo, es decir, por una oligarquía, aunque de acuerdo con una apariencia democrática que la información impregna con la dosis de mito necesaria para que el espíritu de los ciudadanos planee en las alturas de la fantasía.

Algunos técnicos de cine ingleses declararon hace poco que mediante una hábil disposición y fotografías bien tomadas podrían con facilidad dar de cualquiera la apariencia de loco. Una información empapada de propaganda que conozca todos los secretos puede invertir el sentido de cualquier hecho. Un hombre sometido a tan deletérea influencia puede pedir "voluntariamente" lo más disparatado, incluso su propia esclavitud.

Veamos, por ejemplo, cómo se forma la opinión pública en Estados Unidos, según Roger Clausse. La operación es larga: diez etapas, pero muy eficaz. 1.^a Los dirigentes de la política nacional se reúnen para orientar la opinión pública en un sentido distinto del habitual; 2.^a Se ordena a los funcionarios interesados, especialmente a los funcionarios que trabajan en los medios de comunicación, que deslicen parte de esta noticia en sus conversaciones particulares; 3.^a Se suscita en un periódico una información "sorprendente" sobre el asunto que hay que poner de relieve, acompañando la noticia con adecuados comentarios; 4.^a Inmediatamente, la "información" provoca preguntas en el curso de una conferencia de prensa y los periódicos difunden con grandes titulares las nuevas directrices; 5.^a Miembros del gobierno y notorios personajes políticos comentan tales directrices en diversos puntos del país; 6.^a El propio Presidente de Estados Unidos es interrogado al respecto durante una conferencia de prensa; 7.^a Sus declaraciones aparecen en todos los periódicos seguidas de innumerables comentarios; 8.^a Políticos favorables al gobierno secundan las nuevas directrices y pronuncian discursos sobre la materia en toda la nación; 9.^a Todas las oficinas estatales actúan de acuerdo con tales directrices; 10.^a El público, martilleado por la propaganda, acepta los cambios, y la oposición tiene que pensar en ponerse a salvo. De este modo, incluso antes de haber sido comunicado al público, el suceso se inserta en una propaganda premeditada, de forma que además de la información, que no es más que propaganda, hay la propaganda que precede a la información tendenciosa que prepara los espíritus. Ambos aspectos son indisolubles.

Es, pues, imposible discernir información de propaganda, suceso e interpretación del suceso, verdad y mentira, realidad y fic-

ción, existencia y fantasía surgida de los mecanismos de la sociedad democrática de masas.

Las mentiras patentes, groseras, raramente o nunca son objeto de la propaganda. Ellas hacen notar con razón que el propagandista moderno prefiere callarse a mentir cuando resulta peligroso publicar una información. El famoso informe de Krutchev al XX congreso del Partido Comunista no fue revelado por la prensa comunista sino mucho después de ser leído. El pueblo egipcio no conoció los acontecimientos ocurridos en Hungría en 1956 hasta 1960, etc. El hecho auténtico, por el contrario, sirve de apoyo al mecanismo de sugestión, siendo un elemento necesario en la técnica del galimatías. No es, pues, falsificado en el sentido estricto del término, sino traspuesto de la realidad de los hechos a la realidad mítica de la ideología que lo interpreta e inserta en una visión global de la sociedad y la política. Aun siendo materialmente verdadera, la información se torna falsa en cuanto a su sentido formal. ¿Cómo se desnaturaliza el suceso?

En un sistema político y social donde los miembros están separados unos de otros porque no participan en una verdad y un bien comunes, la única opinión que puede nacer está fundada en la comunicación verbal y se confunde con ella. No es el ser o la verdad, el bien o la belleza lo que engendra a la opinión, sino que es la opinión la que engendra al ser o a la verdad. También en esto Cochín acierta plenamente. Basta extender a la sociedad de masas lo que el ilustre escritor dice de las sociedades de pensamiento del siglo XVIII para comprender el fenómeno de que hablamos.

En la sociedad de pensamiento, el pensamiento se socializa, reduciendo la *adaequatio rei et intellectus*, que es siempre personal; elimina la realidad, en que todos coincidirían, en provecho de la representación común y de su expresión verbal. Exactamente lo mismo ocurre en la sociedad de masas y en la democracia contemporánea.

Para que el ciudadano sea puesto al corriente de cuanto pasa en la comunidad política y social de que forma parte, los valores de verdad, bondad, belleza que entraña objetivamente el hecho importan menos que la manera de presentarlos para que sean aprehendidos por las masas incultas. La vulgarización se inclina siempre por lo más sencillo y lo más fácil, de manera que la relación del hecho altera al mismo hecho.

Por otra parte, es evidente que el individuo de la sociedad de masas no puede orientarse en el dedalo de sucesos, cosas y personas con los que se relaciona mediante la información sin

ordenarlos previamente. Para ello necesita esquemas, etiquetas, formas. Y los tiene en abundancia. He aquí un reciente ejemplo leído en un periódico francés: "Malcolm X fue muerto por un negro, según declaraciones de testigos fehacientes"; pero, en realidad, según el informador que citamos, el asesinato debe ser atribuido a los blancos, que han suscitado el racismo.

La subjetividad fabrica estas interpretaciones estereotipadas que recubren los hechos y sirven para excitar a lectores y oyentes, y son como categorías, formas de interpretar cosas y personas para comportarse consecuentemente con ellas. Gracias a esos moldes, el individuo de la sociedad de masas reconoce fácilmente cuanto es favorable u hostil. No tiene que razonar, ni decidir personalmente, ni forjarse una opinión propia. Su "pensamiento" es automático.

Es evidente que términos como "pueblo", "raza", "proletariado", "trabajo", "colaboración", "fascismo", "democracia", "libertad", "capitalismo", etc., no son creaciones espontáneas del *homo democraticus* ni de la sociedad de masas. Han sido forjados por informadores, formadores y deformadores de la opinión pública, que ocupan, desde el siglo XVIII, los cargos principales en los medios de comunicación, donde se elabora la cultura apta para las masas.

Como ha señalado muy bien Morin, asistimos a una segunda colonización: la del alma; a una segunda industrialización: la del espíritu, efectuadas por vendedores de conocimientos, comerciantes de mercancías políticosociales, industriales de la cultura. Una civilización nueva, si aún se puede usar la palabra "civilización", se edifica ante nuestros ojos, adaptada a las condiciones sociológicas de la democracia y de la sociedad de masas, en la que los informadores en todos los campos del saber y de la acción ocupan el lugar reservado antes a las *élites* y a los diversos modelos que ninguna civilización había desdeñado hasta el siglo XVIII: el *kaloskagathos* griego, el *civis romanus*, el santo y el caballero medievales, el hidalgo en la España de los siglos XVI y XVII.

No se crea, sin embargo, que "filósofos", partido intelectual, *intelligentsia*, "mandarines", literatos, artistas, sabios — todos los que Thibaudet reunía en la llamada "República de los profesores" y que hoy se llaman también técnicos de la Economía y la Política, suministradores de información fácilmente expresable, de mensajes, consignas, órdenes y mandamientos—, letrados o semiletrados —cuyo gobierno fue ensayado en China— que piensan cambiar gustos e ideas, imponiendo una nueva *Weltanschau-*

ing; no se crea, decimos, que esta turbamulta es quien dirige la civilización.

Charles Péguy, en toda su obra, y Charles Maurras, en *El porvenir de la inteligencia*, han demostrado que el ascenso de los intelectuales —reyes de la opinión a la que forman e informan mediante la palabra hablada y escrita— es totalmente ficticio: en realidad, son los reyes merovingios de la sociedad de masas, y detrás de ellos actúan los mayordomos de palacio. La extraordinaria esclavitud de la mayor parte de los intelectuales, sometidos a la propaganda; de los sabios y técnicos de toda especie supeditados al gobierno que los ensalza y encadena a la vez, son siniestros preludios de la caída de Icaro. El principado del informador es sólo aparente y su soberanía ficticia: es esclavo de la infraestructura social que pretende dirigir y del estatismo gregario que se confunde con ella. Se demuestra la dialéctica del amo y del esclavo, genialmente expuesta por Hegel: informar a la masa es ponerse indefectiblemente a su altura. Y como en la democracia el poder real es detentado por el oro y el número, el intelectual siempre es en ella servidor del poder, aunque parezca criticarlo, mientras no ponga en solfa el sistema y la sociedad de masas.

Indudablemente, la clase de los intelectuales y la que podemos llamar "clase de los espirituales", la clerecía, apenas han resistido a las presiones de las masas manipuladas por los cabecillas de los regímenes democráticos. La fórmula de Henri de Montherlant es cierta sobre todo en nuestra época, ávida de las actualizaciones más extravagantes: "El clero, siempre descoso de estar junto al poder, con la esperanza de ser confundido algún día con él". Laico o eclesiástico, el erudito sufre infaliblemente el destino de quien se abandona al deseo de poder: "*Si autem fortior eo superveniens vicerit eum...* (Luc. XI, 22), le quitará las armas. Éste destino, que les reserva el comunismo, no espanta a los "sabios", con sotana o sin ella, que adulan a los poderosos.

Es contradictorio que el informador que se dirige a la sociedad de masas pueda suscitar en el informador el ejercicio del juicio personal, intransferible —ningún hombre puede pensar en mi lugar—, en que consiste la "*adaequatio rei et intellectus*" y la correlativa aprehensión de la verdad. Padre de la religión de las masas y de la democracia, Víctor Hugo creía ingenuamente que bastaba abrir escuelas y cerrar cárceles, porque el progreso por excelencia estriba en que los hombres sepan leer, para que fueran resueltos todos los problemas morales, políticos y sociales. Pocos advierten que la lectura, la televisión, la radio, son técnicas condicionadas hasta los tuétanos por la índole de la sociedad de masas;

y el saber leer o escribir está influido por esa socialización, contra la cual Pío XII incitaba a los cristianos que luchasen con todas sus fuerzas.

La lectura tiene sentido, en efecto, cuando el lector juzga, siendo capaz de discernir lo verdadero de lo falso, la realidad de la ilusión. Por esto, el hombre de la sociedad de masas no está unido a lo real. No puede discernir lo real de lo fingido. Cree todo cuanto lee. Basta conversar brevemente con él para convencerse de esto. Hoy es más cierta que nunca la afirmación de Hugo:

“Car le mot, c'est le verbe, et le Verbe c'est Dieu”.

Se puede, además, ser intelectual eminente o erudito sagaz y participar también en la sociedad de masas. Abundan los ejemplos de laicos y eclesiásticos —sobre todo estos últimos— que beben como esponjas las informaciones proporcionadas por la propaganda y las devuelven a las masas excitadas.

La información y la propaganda no tienen efecto sobre los hombres analfabetos o que no utilizan ninguno de los medios de comunicación masivos. Se explica, por esto, el inmenso esfuerzo realizado por los Estados en los que más desarrollada están la democracia y la sociedad de masas para difundir la enseñanza, la radio, la televisión. Información y propaganda constituyen hoy el modo de pensar y actuar del hombre que organiza la sociedad de masas, y cuanto divulga la información consolida esa sociedad y el sistema político y social de la misma.

Y como también es cierto que la sociedad de masas desarrolla y consolida la información deformadora, nos encontramos metidos en un círculo vicioso del que la humanidad sólo podrá salir gracias a un milagro. Es imposible ocultar que las informaciones inficionan con la propaganda de que están impregnadas incluso a los hombres que se creen mejor informados, siendo quimérico pretender escapar a ese determinismo sin caer en otro igualmente nocivo. El lector habitual de un periódico, el oyente de la radio, el espectador de la televisión creen conservar su libertad de juicio, pero se engañan. No pueden discernir lo verdadero de lo falso en la ola de noticias que cada día surgen de los medios de comunicación y cooperan, quiéranlo o no, con la civilización artificial que condenan y con todos los supuestos políticos y sociales de la misma.

Destruir cuanto resta de la antigua civilización europea y de las demás civilizaciones, he ahí el fin de la civilización de masas y de las técnicas informativas a ella anejas. De ello resulta una

sola y única civilización, apoyada sobre los mismos cimientos en todo el mundo. "Sólo un mundo, o nada", vaticinaba Roosevelt junto con Stalin. Y Teilhard de Chardin, sofista chapucero y hueco, saltaba de alegría viendo a la *noosfera* tejer la red de sus mensajes alrededor de la tierra y dirigirse, como un bólido, hacia el *Punto Omega*.

La antigua civilización no ignoraba el arte, el artificio, la técnica, las construcciones artificiales, pero las sometía a la contemplación, a la sabiduría, a la ciencia, así como a las leyes divinas, morales y humanas que gobiernan mundo y hombres. La fórmula *ars addita naturae* resume admirablemente esta actitud. Por ejemplo, la institución del matrimonio, elaborada por juristas y sacerdotes, prolonga la tendencia natural de la vida a multiplicarse y no niega esta tendencia, explícita o implícitamente, en beneficio del sentimiento precario del amor, erigido en criterio supremo de la planificación familiar. En esa civilización todos los medios dependían de los fines reales del hombre: el conocimiento del ser, el bien finito y el Bien infinito, la belleza creada y la Increada. En cambio, el *homo democraticus* de la sociedad de masas ha roto sus ligaduras con el ser, arrastrado por el individualismo y el colectivismo. Le falta una gran cantidad de valores superiores a él. Sin embargo, no puede vivir sin su mundo. Le es necesario, pues, construir otro con muchas piezas que reemplace al antiguo mundo destruido y disipe los últimos vestigios de aquél. El privilegio de que gozan en el mundo contemporáneo la información y las demás técnicas se deriva de que el mundo ya no es creación de Dios, naturaleza, diferente de la creación humana, la máquina. La cultura nueva elabora sin tregua señales informadoras que incitan al hombre contemporáneo a proyectar en la muchedumbre hechos que estimulen *a priori* la sensibilidad y el entendimiento, lo mismo que un molde de fabricación en serie, de modo que el artificio reemplaza continuamente lo natural, construyéndose un mundo nuevo en el lugar en que nuestros padres conocieron, amaron o temieron.

Se trata, paradójicamente, de un mundo imaginario que tiene consecuencias reales, muy reales, que podemos ver si mantenemos abiertos los ojos. Nada de extraño hay en este aserto: ¿No repercute en lo real cualquier pérdida del sentido de la realidad? La civilización de masas no puede ser más que una civilización imaginaria, de acuerdo con su mismo origen.

En la sociedad de masas, en efecto, el suceso choca con gran número de personas que no tienen experiencia del mismo y que corren el riesgo de interpretarlo fantásticamente, de acuerdo con

la individualidad de cada cual, si el mismo fuera presentado escuetamente, en toda su desnudez objetiva. Los medios de comunicación deberían emplear mil expresiones distintas para exponerlo. Por esto, una opinión no debe formarse sino a través de una información impregnada de símbolos abstractos, capaces de ser aprehendidos por muchos espíritus dispuestos a recibirlos. Pensemos, por ejemplo, en un hecho puro y simple que fuese coloreado con el adjetivo "democrático" o con el adjetivo "fascista". El hombre de la sociedad de masas tiene una manera de estar en el mundo y una manera de concebir los hechos, determinados por ideologías, palabras, fórmulas, etc., estereotipadas que se interponen entre él y los hechos. Por esto no percibe el hecho, sino un suceso moldeado de acuerdo con fórmulas abstractas. Africa percibe y comprende los acontecimientos del Congo belga, por ejemplo, según la forma simbólica que imprime el esquema del "colonialismo".

De esto se deduce que el objeto de la opinión así informada y formada se hace cada vez más irreal. La información en una sociedad de masas crea una opinión que no se preocupa del objeto de la opinión, sino de la imagen simbólica que la opinión se forma de dicho objeto. La información se centra en estas representaciones imaginarias que ella misma contribuye a reforzar, tejiendo así una verdadera pantalla de irrealidades entre la inteligencia y el saber: ya no es el mundo de la experiencia cotidiana lo que el hombre percibe, sino el mundo de la ilusión.

La fabricación de ilusiones que deforman nuestra percepción y nuestra concepción de lo real es una de las industrias más florecientes del planeta, cuya cantidad de negocios —comprendidos en ellos los beneficios e inversiones psicológicos y sociológicos— aumenta a medida que disminuye el nivel intelectual de la humanidad.

La civilización contemporánea tiende a substituir por doquier imágenes en el lugar de la realidad, representaciones en vez de cosas y personas. El sociólogo norteamericano D. J. Boorstin refiere un diálogo significativo entre dos mujeres de su país: "Una exclama al ver el niño de la otra: ¡Dios mío, que hermoso bebé tiene usted! Y la madre responde: Oh, esto no es nada, si usted viera su fotografía..." La información es, cada vez más, el arte de decir la verdad mintiendo abiertamente. Se difumina la diferencia entre mentira y verdad, a lo cual ayuda que el hombre medio tienda a preferir el suceso falso al verdadero, porque el primero halaga sus aficiones o sus repulsiones. Lo mismo que la moneda falsa reemplaza a la buena, según la ley de Gresham,

el mundo de la imagen priva sobre el real. Se fabrican hoy con desconcertante facilidad acontecimientos falsos, reputaciones, celebridades, todo un universo político y social de apariencias.

Esta civilización de la imagen se apropia cada vez más la ciencia y la técnica, que por su indisoluble unión constituyen, a su vez, un nuevo ambiente artificial que prescinde hasta tal punto de la naturaleza, que el hombre de la sociedad de masas y de las aglomeraciones urbanas no tiene casi ninguna experiencia vivida. Hay, en efecto, analogías muy notables entre esos dos mundos, el imaginario y el de la exactitud fisicomatemática; ambos son reacciones del hombre, elaborados según esquemas preconcebidos, considerando uno la materia y el otro el espíritu, cual sustancias infinitamente maleables.

Estamos tan habituados a esta civilización de la imagen y a este modo de la información, que llegamos a pensar y vivir como si lo imaginario fuera real y la información experiencia. El fenómeno es idéntico en las democracias liberales y en las comunistas. No amenazan a nuestra vieja civilización occidental la lucha de clases, el materialismo, la ignorancia, la tiranía, la anarquía, sino la pérdida del sentido de la realidad. El mundo de la información es el mundo de Narciso. El hombre no encuentra en él más que su propia imagen. Es un mundo de espejos que sólo nos devuelven a nosotros mismos y que reducen el campo de experiencia al yo, falso ídolo que con el colectivo, en que él mismo se proyecta desmesuradamente ampliado, reemplaza a Dios. Nacido del individualismo, este mundo retorna a él.

Corta será la conclusión de este largo análisis. Si el mundo de la información llegara a difundirse por doquiera, estaría también próximo el fin de la especie humana. Aunque tal eventualidad es posible, debemos vivir, cumplir con nuestros deberes de hombres para que el hombre siga siendo lo que siempre ha sido y hoy intenta dejar de ser: animal razonable hecho para Dios y para el universo, no para sí mismo. Es necesario mantener el sentido de la realidad, particularmente el de la realidad política y social.

Por esto, las Obras de Formación Cívica y de Acción Doctrinal Según el Derecho Natural y Cristiano son indispensables: contra viento y marea mantienen la realidad de las comunidades naturales, sin las cuales ninguna política, ninguna sociedad sanas pueden subsistir. No existe otro camino de salvación sino el que ellas han emprendido. Lo demás es literatura, magia, mixtificación.